

eISSN: 2387-1555

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/rea201977194>

DEL ARADO AL CELULAR. APUNTES SOBRE JUVENTUD Y CONSUMO EN ESPACIOS RURALES.

From the plow to the cell phone. Notes over youth and consumption in rural areas.

Héctor D. HERNÁNDEZ FLORES

Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Cantabria

✉daniher@comunidad.unam.mx

Fecha de recepción: 30 de octubre de 2018

Fecha de aceptación: 03 de diciembre de 2018

RESUMEN: La perspectiva tradicional en antropología de privilegiar las trayectorias agrarias en el estudio de la reproducción y forma de vida de los sujetos rurales ha cambiado de manera importante como consecuencia de transformaciones socioeconómicas experimentadas en espacios, tanto rurales como urbanos, en la etapa de expansión neoliberal. Es así como una importante parte de la población rural en México y en Latinoamérica, participa cada vez más en actividades diferentes a las agrícolas, como estrategia para aumentar sus ingresos, reducir los riesgos a la producción y hacer frente a los altos niveles de precarización. En este escenario, la población más joven es quien más ha expresado trayectorias de vida diferentes a generaciones anteriores. Las siguientes reflexiones y apuntes se enmarcan en el proceso de construcción de una tesis doctoral, la cual busca dar cuenta de las actuales dinámicas de trabajo y consumo de jóvenes en espacios rurales del centro de México. En este sentido, se propone analizar y describir cómo se han implementado las lógicas del proyecto neoliberal a nivel cotidiano en prácticas de consumo y cómo se ha interiorizado generando disposiciones que incorporan relaciones de explotación desde los mismos sujetos con el mercado. Esto, contraponiendo la idea de los estudios culturales clásicos sobre el consumo, permite entender la importancia de este en el mismo proceso neoliberal como creador de subjetividades y constructor de desigualdades en espacios rurales contemporáneos.

Palabras claves: antropología social; condición social; consumo; juventud rural; movilidades.

RESUMO: A perspectiva tradicional na antropologia, de privilegiar as trajetórias agrárias no estudo da reprodução e do modo de vida dos sujeitos rurais, sofreu mudanças substanciais como resultado das transformações socioeconômicas vivenciadas em espaços rurais e urbanos pelos processo de expansão neoliberal. Assim, uma parte significativa da população rural do México e da América Latina participa cada vez mais de atividades não diretamente relacionadas à agricultura como estratégia para aumentar a sua renda, reduzir os riscos inerentes à produção e enfrentar os altos índices de precarização. Nesse cenário, a população jovem é aquela que mais expressou trajetórias de vida que diferem das gerações anteriores. As seguintes notas e reflexões advêm do processo de construção de uma tese de doutorado que tem por objetivo dar conta da atual dinâmica de trabalho e consumo de jovens em áreas rurais do centro do México. Nesse sentido, propõe-se analisar e descrever como as lógicas do projeto neoliberal têm sido implementadas cotidianamente nas práticas de consumo e como ele foi internalizado, gerando dispositivos que incorporam relações de exploração dos mesmos sujeitos com o mercado. Ao contrapor a ideia de estudos culturais clássicos sobre o consumo, permite-se compreender a importância deste no interior do processo neoliberal como criador de subjetividades e construtor de desigualdades nos espaços rurais contemporâneos.

Palavras-chave: antropologia social; condição social; consumo; juventude rural; mobilidade.

ABSTRACT: The traditional perspective in anthropology of privileging agrarian trajectories in the study of the reproduction and way of life of rural subjects has changed significantly as a result of socio-economic transformations experienced in spaces, both rural and urban, in the stage of neoliberal expansion. This had led to a change where the rural population in Mexico and Latin America increasingly participate in activities other than agriculture, as a strategy to increase their incomes, reduce risks to production and face high levels of precarization. The following reflections and notes are framed within the process of construction of a doctoral thesis, which seeks to account for the current dynamics of work and consumption of young people in rural areas in the center of Mexico. In this sense, it is proposed to analyze and describe how the logics of the neoliberal project have been implemented daily in consumer practices and how it has been internalized, generating provisions that incorporate exploitation relationships from the same subjects with the market. This counterposing the idea of classical cultural studies on consumption, allows us to understand the importance of this in the same neoliberal process as creator of subjectivities and constructor of inequalities in contemporary rural spaces.

Keywords: social anthropology; social conditions; consumption; rural youth; mobility.

I Introducción

Las discusiones actuales en antropología tendrían que tener como punto de partida el análisis de las consecuencias del proceso socioeconómico neoliberal, el cual ha generado dramáticas transformaciones en la reproducción de formas objetivas de existencia de la sociedad y en la realidad cotidiana de diversas poblaciones alrededor del mundo. Lo anterior debe manifestarse en estudios que inviten a alejarse poco a poco del objeto «tradicional» de la disciplina, el cual parece aún estar anclado en la exotización del «otro», en la salvaguarda y rescate de lo simbólico, en la reproducción de «otros mundos» y en la exaltación de la diversidad cultural de espacios y sujetos, los cuales aparecen en la descripción aislados del paso del tiempo y, por tanto, de la historia. Por el contrario, en esta última fase del capitalismo, el presente neoliberal, parecen cuestionables los paradigmas aparentemente infranqueables que eran interpretados a partir de acciones, costumbres, hábitos e identidades de sociedades «periféricas», «no desarrolladas» o del «tercer mundo», lo que supuestamente les permitían «aislarse» o «resistir» a procesos socioeconómicos del «primer mundo».

Un ejemplo paradigmático de estas manifestaciones son las poblaciones rurales en América Latina, las cuales, además de ser estudiadas a partir de su origen étnico o campesino, casi siempre se han analizado teóricamente bajo perspectivas simplificadas, priorizando y describiendo prácticas culturales a formas materiales de existencia. Así, las familias y la socialización de sus integrantes se observaban dentro de la conformación de unidades homogéneas de producción y consumo. En ese sentido, se ha descrito a las familias como unidades en donde la actividad doméstica era inseparable de las actividades productivas. Bajo la interpretación de esta lógica, las decisiones que se tomaban cotidianamente eran indisociables a la producción, la cual se realizaban sin empleo, o en menor proporción, con empleo marginal y de fuerza de trabajo asalariada. De igual forma, las actividades agrícolas se observaban en función de necesidades básicas de consumo, por lo que la formación de unidades nucleares o extensas era descrita como parte integral de una estrategia de producción para la subsistencia (HERNÁNDEZ FLORES, 2018: 58).

No obstante, sería una necedad no observar que, ante la globalización neoliberal, las ruralidades latinoamericanas han sido transformadas, como consecuencia de los procesos sociales, políticos y económicos que se han experimentado en las últimas cuatro décadas. Hoy en día, el grueso de las poblaciones de los espacios rurales se caracteriza cada vez más por estar integradas por empleados o asalariados precarios con una alta pluriactividad, en vez de ser productores agrícolas autosuficientes, «resilientes» al capitalismo, con un fuerte arraigo al territorio y a una única forma «tradicional» de subsistir. Lo anterior puede ser observado y contrastado en la conformación actual de las familias y en los sujetos que las integran la cual, ante la precarización, terciarización e informalidad de los mercados de trabajo, se ha desplazado de los modelos «tradicionales» de subsistencia hacia estrategias de mayor flexibilidad y movilidad espacial.

Si bien esta conformación puede ser discutida históricamente, lo que no deja lugar a dudas son las trayectorias de vida actuales de las poblaciones más jóvenes de los espacios rurales. Por tal motivo, el siguiente ejercicio, respetando la práctica etnográfica, muestra cómo, ante la pérdida de valor del empleo agrícola, se han producido dinámicas de trabajo y consumo marcadamente diferentes a generaciones anteriores. Estas dinámicas expresan una reproducción desigual de la población más joven bajo contextos precarios, en que se combina, por una parte, la necesidad de ganarse la vida, y por la otra, la significación a través del consumo de su propia existencia. Las características de los jóvenes distan mucho de las concepciones dadas con anterioridad a sociedades rurales o campesinas y, como se observará en los relatos, ya no corresponden a la clásica definición de lo rural como oposición a lo urbano ni a realidades al margen del proceso neoliberal.

Con este propósito, a lo largo del presente trabajo se han recuperado algunas entrevistas, reflexiones y conceptos producto principalmente del proceso en curso de investigación doctoral¹. Mi interés en este artículo es discutir, en primer lugar, a partir de la reflexión conceptual de diversos autores, categorías como juventud y consumo. Por un lado, se busca abordar la invisibilidad de la categoría de juventud en los estudios de antropología, producto de la construcción de ese «otro» sujeto generacional que se contrapone con el modelo idealizado del espacio rural. Por otro lado, se habla de la importancia del consumo como proceso social para dar cuenta de las trayectorias de vida de los jóvenes en espacios rurales contemporáneos. Lo anterior tiene la finalidad de entender y explicar la importancia del consumo en el mismo proceso neoliberal como creador de subjetividades y constructor de desigualdades.

En una segunda parte, se presentarán algunas entrevistas que dan cuenta de las actuales trayectorias de jóvenes de la región central de México, y cómo es que, a través de prácticas cotidianas de consumo, se ha interiorizado el proceso neoliberal pues, en muchas de las veces, las dinámicas que generan para conseguirlo, en la observación empírica, se presentan precisamente bajo la forma de una reproducción precaria de la vida.

II. Metodología

Los apuntes y los datos han sido producto de la investigación que inicio en el año 2016, así como investigaciones previas de grado realizadas también en una parte de la región central de México a partir de 2013. Si bien en un principio el trabajo de campo se concentró en dos municipios (Nativitas, al sur del estado de Tlaxcala y Otumba, al Noroeste del Estado de México), las entrevistas y recorridos por la región me llevaron a ampliar el horizonte de trabajo, debido al importante grado de movilidad que presentan las poblaciones actuales, especialmente el generado por las y los jóvenes de las localidades. Este aspecto ha sido identificado como un tema central de la tesis doctoral, pero que no será abordado en este artículo. En ese sentido, el trabajo de campo producto de este proceso me ha permitido ejercer una suerte de etnografía multisituada.

Para ello, se realizaron diversas estancias de campo con una duración mínima de 2 semanas desde el 2013, haciendo recorridos en la región central de México por 19 municipios dentro de 4 estados (Estado de México, Tlaxcala, Puebla e Hidalgo). Durante este tiempo, he podido convivir con jóvenes de 15 a 29 años y, de esta forma, realizar más de 50 entrevistas, tanto estructuradas como no estructuradas a los mismos. Los criterios de selección se basaron en establecer una distribución equitativa entre edades y género de los jóvenes, además de que se priorizó que en las familias de origen se contara con un pasado agrario de primera a tercera generación. En los recorridos se buscaron espacios de socialización en donde, además, se aplicaron cuestionarios con la finalidad de identificar diferentes temáticas como son educación, trabajo, consumo, socialización, desigualdad. El enfoque de la investigación fue primordialmente cualitativo, para lo cual se acompañó a las y los jóvenes en sus trayectos cotidianos por diversas localidades.

Cuando se hace referencia a etnografía multisituada, GEORGE MARCUS (1995: 101) menciona que es aquella que se construye alrededor de cadenas, caminos, hilos, conjunciones o yuxtaposiciones de lugares en los cuales el investigador establece su presencia, con una lógica explícita y situada de asociaciones o de conexiones entre los sitios que definiría el argumento de la producción de la etnografía. Al respecto, no se debe olvidar que el interés de MARCUS recae en el plano epistemológico, por lo que lo multisituado no trata únicamente de analizar las acciones individuales de los sujetos con respecto a formas sociales y culturales de los

¹ Programa de Posgrado Doctorado en Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México y Programa de Doctorado en Equidad e Innovación en Educación de la Universidad de Cantabria.

lugares, sino que, más bien, se centra en la construcción y el desarrollo de estos sujetos a través de esta diferencia de lugares. Esto sobrepasa la situación propia del sujeto en un sistema de relación que previamente se suele delimitar y definir de acuerdo con el simple espacio o territorio.

Debo aclarar que lo propuesto por MARCUS no está exento de críticas por el carácter experimental, que no resulta del todo novedoso, así como por la limitación temática y la falta de claridad teórico-metodológica de la corriente posmoderna. No obstante, considero que se puede rescatar la posibilidad de regresar a una etnografía más convencional, sin caer en el canon extremo de la experiencia del trabajo de campo limitada a un único espacio, a la especialización de las dinámicas sociales que genera el territorio y/o a la validez del propio ejercicio bajo el argumento del aislamiento por distancia y la estancia-observación inmóvil de larga duración. Como señala ULF HANNERZ (2003), el hablar de un carácter multisituado o multilocal suele resultar engañoso, pues en ocasiones se trata de hacer una suma o una comparación entre diversas unidades locales, cuando en verdad lo que se debe construir con una metodología multisituada es un espacio translocal, el cual se conforma por las relaciones que existen dentro y fuera de los lugares que forman parte de la investigación.

Se debe remarcar que el proceso neoliberal ha generado una transformación tanto en las dimensiones objetivas de existencia, como en la subjetivación de las relaciones sociales comprendidas en espacio-tiempo, tanto a nivel global como local. La tecnología, el transporte y la información han aumentado la movilidad humana y, con ello, se han modificado las prácticas de los sujetos ante los lugares y espacios transitados. Es por ello por lo que, de igual forma, es necesario adaptar el ejercicio etnográfico a otro tipo de movilidad, seguir a las personas en el contexto de sus espacios cotidianos y las relaciones que generan a su paso.

En ese sentido, la etnografía multisituada también considera que es cada vez más difícil limitar a nuestros sujetos de estudio o fenómenos de análisis a las fronteras de un solo territorio. En definitiva, para la práctica antropológica actual es insuficiente estar en «nuestro» lugar de estudio: ahora hay que seguir a los sujetos y problemas de investigación, pues en un mundo tan fragmentado como expandido se vuelve necesario «estar ahí, otra vez y otra vez, para volver a una misma escena conocida, pero a la vez cambiante» (HANNERZ, 2003: 213).

III. Apuntes sobre juventud en espacios rurales

A pesar de su atractivo, el tema de juventud para la antropología ha representado un reto para muchos de los conceptos planteados por la misma disciplina. Desde inicios del siglo XX, si bien para los estudios culturales en ciencias sociales, la edad (junto al tema de género) se constituyó en un tema de interés para explicar la organización social, únicamente hasta hace tres décadas se comenzó a constituir finalmente en un objeto de reflexión central y no periférico, tanto para la teoría como para la misma práctica antropológica. Anteriormente, las investigaciones que tuvieran que ver con el ciclo de vida de los sujetos se limitaban al debate entre naturaleza-cultura en las sociedades primitivas y los problemas de las nuevas patologías sociales que se comenzaban a desarrollar en las sociedades urbanas, que fueron especialmente observadas por la nascente sociología (FEIXÁ, 1996).

Durante gran parte del siglo XX, en México y América Latina, los estudios de la juventud y las problemáticas a las que hacían frente no fueron consideradas objeto de análisis. Sólo a partir de 1985, con motivo de la celebración del Año Internacional de la Juventud organizado por la ONU, el tema adquirió relevancia dentro de las agendas gubernamentales y, consecuentemente, de la academia, dando lugar a los primeros esbozos teóricos en el estudio de la juventud. Sin embargo, en estricto sentido, las investigaciones y los trabajos acerca de

las problemáticas de los jóvenes, en una inmensa mayoría, se enfocaron en espacios urbanos. Se generaron primordialmente, por un lado, investigaciones con carácter descriptivo sobre las diferentes identidades y/o grupos culturales juveniles (bandas, cholos, punks, rockeros, emos, darks, fresas, graffiteros, etcétera) y, por otro, pesquisas que se centran en el análisis demográfico de la juventud (género, trabajo, participación política, educación, migración, salud, drogadicción, violencia y religión) (MENDOZA, 2011).

Es preciso observar que la consideración de juventud como una categoría de edad, la cual depende directamente de la idea de moratoria social, es parte de un proceso histórico establecido a principios del siglo XIX y que tuvo su máxima expresión a finales del siglo XX. En esa etapa, se establecieron los criterios necesarios para que, en las sociedades industrializadas, a los jóvenes se les abrieran las posibilidades de extender un tiempo legítimo con el objetivo de que se dedicaran al estudio y a la capacitación para integrarse en el aparato productivo de las ciudades en desarrollo, postergando procesos sociales como el matrimonio y la formación de una familia propia. Esto se traducía en que la juventud estaba determinada hacia el interior de ciertas clases sociales, las cuales podían ofrecer este beneficio a sus miembros recién llegados a la madurez biológica. Por tanto, la condición histórico-cultural de juventud no se ofrecía de igual forma para todos los integrantes que estadísticamente pudieran pertenecer a ella. Bajo esta perspectiva, los integrantes de los sectores al margen de las sociedades más desarrolladas, como el caso de las sociedades rurales, verían acotadas sus posibilidades de acceder a la moratoria social, pues no existirían condiciones para lograr ser joven en esa forma descrita (MARGULIS y URRESTI, 2008).

Recordemos que la antropología clásica parece haberse casado convenientemente con el estudio y la reproducción de las sociedades primitivas o no desarrolladas. Por tanto, se priorizó selectivamente ciertos procesos de las sociedades que se constituyeron «fuera» del espectro de desarrollo capitalista. Así, la antropología se enfocó en los estudios sobre ritos de paso o ciclos ceremoniales que marcaban la transición de la niñez a la adultez, trivializando al sujeto a partir de lo simbólico, al mismo tiempo que este era invisibilizado históricamente. Por otra parte, instrumental, ideológica o teóricamente, parecieron más relevantes conceptualizar en estos espacios a las poblaciones más jóvenes como «menores» e «hijos» hasta «guerreros» o «herederos», además de la implicación que esto tiene de desprecio de la misma disciplina hacia la construcción de la infancia y del género (FEIXÁ y GONZÁLEZ CANGAS, 2013: 35). Lo anterior ha generado toda una contradicción con el tema sobre juventud, pues debido a la esencialización entre espacios, lo rural y las trayectorias de edad de los sujetos que lo conforman fueron representados como muestra del pasado y lo estático, contrariamente a lo urbano, muestra del futuro y de cambio.

Como bien apuntan CARLES FEIXÁ y YANKO GONZÁLEZ CANGAS (2013), la imagen de la juventud en las investigaciones socioculturales del mundo rural fue subsumida en los dominios de la economía, la familia y, subsidiariamente, en la organización social. Esto se refleja también en los ámbitos subdisciplinarios que, tradicionalmente, tuvieron como foco de indagación la llamada «clase incómoda»: los sujetos se analizaron bajo la función o «rol» dentro de las familias campesinas e indígenas. De esta manera, las investigaciones, «ya por su significación estructural (unidad de producción y consumo), ya por su relevancia cultural (núcleo casi exclusivo de la socialización, la organización y reproducción social), dedicaron varias páginas de sus estudios a describir el papel de los hijos en la economía doméstica y su rol como perpetuadores de dichas unidades» (FEIXÁ y GONZÁLEZ CANGAS, 2013: 50).

No es de extrañar entonces la falta de estudios y de conocimiento de las trayectorias de vida en las sociedades rurales e indígenas, así como los procesos de construcción de identidades juveniles que fueron invisibilizados en estudios de antropología. Es por ello por lo que, por mucho tiempo, se ha considerado que los jóvenes en espacios rurales son una minoría (QUINTANA, 2011); que, debido a sus responsabilidades, tanto familiares como laborales, no generan un tránsito entre la infancia a la adultez y, por este motivo, se ha llegado a expresar que la juventud en el contexto rural no existe (TAVARES DOS SANTOS, 1984). Estas perspectivas recaen en observar las trayectorias etarias bajo las condicionantes del trabajo agrícola y las dinámicas propias de las sociedades rurales o campesinas. Es decir, se consideraban a sujetos rurales que conformaban cuerpos socio-productivos, en los que los niños ayudaban de forma limitada; los jóvenes-adultos realizaban actividades de manera plena, ya sea dentro de la producción agrícola y/o del trabajo asalariado temporal, así como en la participación y reproducción comunitaria; y los adultos mayores, los que casi no realizaban ninguna función productiva, pero que se les mantenía como pilares de una autoridad social. Bajo esta perspectiva, la juventud rural asumía roles adultos rápidamente, «por tanto, el período social correspondiente a la juventud no existiría, o se vería disminuido considerablemente, no alcanzando a formar un cuerpo social con identidad, convirtiéndose los sujetos en campesinos de menos edad, u obreros de menos edad» (GONZÁLEZ CANGAS, 2003: 163).

De igual forma, otras categorizaciones sobre juventud se han limitado a considerar a esta como un mero signo, una construcción cultural apartada de otras condicionantes, con un sentido socialmente establecido previamente, el cual se encuentra relativamente desvinculado de contextos materiales e históricos que paradójicamente construyen a su significante. Precisamente, MARIO MARGULIS y MARCELO URRESTRI señalan que, dentro de esta simbolización de la juventud, han caído las condiciones de clase, debido a que son estas las que han posibilitado observar características corporales, a través de la estética y prácticas de una «cultura juvenil», la cual ha sido tomada y recreada para especificar un paradigma dentro de las sociedades modernas. Bajo esta idea, la juventud se establece como mero producto u objeto de una estética, un signo que puede ser adquirido en los mercados por cualquier persona, y por adultos para extender en el tiempo su capacidad de portación de este: «la juventud como signo se transformó también en mercancía, la cual se compra y se vende, y así mismo, interviene en el mercado del deseo como vehículo de distinción y de legitimidad» (MARGULIS y URRESTRI 2008: 17).

En este sentido, ORLANDO BEVILACQUA (2009) ha señalado que, para entender la idea de juventud rural, no se puede referir solamente a la cuestión biológica sino además a un constructo sociocultural, que comenzó de igual forma a constituirse en las últimas décadas del siglo XIX. Es por ello por lo que, en países de América Latina, con la progresiva modernización de la agricultura, la idea de juventud rural se insertó en los discursos y prácticas de las instituciones desarrollistas. Así, la educación y medios de comunicación se volvieron, en el espacio rural, instituciones fundamentales en la definición del «nuevo» papel social y la identidad que la juventud debía asumir, en favor de la industrialización, «lo que no quiere decir que antes de la industrialización no hubiera jóvenes rurales, sino que la juventud en las sociedades agrícolas o campesinas no integraba una fase distinta y descriptiva del ciclo de la vida de los individuos» (BEVILACQUA, 2009: 622).

De acuerdo a ROSSANA REGUILLO (2010: 29), debemos reconocer que los jóvenes, como grupo social o sector de población de una sociedad, más que un término construido socialmente de forma neutra es una categoría social, lo que da cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo, produciendo una diversidad de sujetos sociales. Por eso mismo, tampoco se pueden omitir las transformaciones

a nivel global producto del proceso neoliberal de las últimas décadas, que ha repercutido en la vida cotidiana y ha generado subjetividades diferentes, producto de la diversificación de los mercados de trabajo y de consumo. Como se ha demostrado y estudiado ampliamente en estudios rurales para América Latina, junto con la «reestructuración económica» y los reacomodos políticos, las sociedades rurales están sujetas más que nunca a procesos de urbanización, a la disminución de actividades primarias (agricultura) e incremento en actividades secundarias (industriales) y/o terciarias (servicios, comercio). Esto ha generado nuevos patrones de consumo y de división del trabajo, aumento de pluriactividad, cambio en la dieta mundial, incorporación de agroindustria a cargo de empresas transnacionales, nuevas relaciones de género, cambios e intensidad de flujos migratorios y de forma importante, nuevas perspectivas de las generaciones más jóvenes (CARTON DE GRAMMONT, 2004; LARA, 1998; LLAMBÍ, 1996; SALAS, RIVERMAR y VELASCO, 2011).

Ante el abandono de políticas públicas y la imposición de modelos económicos, en diversas regiones se han profundizado las condiciones de desigualdad histórica. Con esto, se han debilitado aún más los soportes que alguna vez conformaron certezas en la definición de los proyectos de vida de las personas y en las condiciones sociales objetivas que hacían posible otras dinámicas, muchas de ellas observadas bajo la percepción antropológica de la reproducción «tradicional» de subsistencia. Si bien la producción agrícola se mantiene con cierta importancia para algunos jóvenes en espacios rurales, ha tomado mayor relevancia la posibilidad de su inserción en otras actividades, «especialmente en los contextos contemporáneos marcados por la intensa integración socioeconómica entre los diversos segmentos del capital urbano-rural» (BEVILACQUA, 2009: 621).

En cualquier caso, esto no ha terminado con las condiciones de exclusión social preexistentes, las cuales en sobrados casos se han agudizado. Estos cambios, a su vez, han «permitido» una apertura en los estudios, al observar a las juventudes rurales no sólo como sujetos generadores de continuidad o tradición, sino como constructores e impulsores de nuevas formas de articulación del espacio rural. Hoy es claro un cambio en el perfil de la población rural, lo que ha generado nuevas identidades sociales. Y las relaciones actuales tienden a ajustarse más a la forma de vida urbana, especialmente bajo la influencia del consumo que se observa cada vez de forma generalizada.

Considero por tanto que el estudio de la juventud como categoría social debe apuntar hacia sujetos que, en su proceso de vida desde la infancia, han internalizado inconscientemente una serie de nociones, como el proceso social del consumo, el cual va convirtiendo hábitos, esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción, los cuales, a la manera de interpretación de PIERRE BOURDIEU (2007), funcionan como estructuras que estructuran las prácticas posteriores. Esta internalización de estructuras es resultado de la socialización del individuo, de su relación y experiencia cotidiana en la familia, en el grupo de pertenencia y de clase. Para el caso de los jóvenes en el espacio rural, la socialización particular de un contexto en transformación es importante ya que, a través de asimilar estas nuevas condiciones, crean parámetros de lo que para ellos es posible, a lo que pueden acceder, o de lo que quedan excluidos.

Aun en las zonas más empobrecidas, los jóvenes en México y en América Latina tienen características socioculturales y demográficas diferentes a sus padres, las cuales, en determinados contextos, se pueden convertir en ventajas respecto de la generación anterior; entre ellas, mayores niveles de escolaridad, diversificación del empleo, cambios en la estructura familiar, acceso a medios de comunicación y sentido de pertenencia a una sociedad global. Sin embargo, el encarecimiento actual de las actividades agrícolas, el limitado acceso a mejores espacios de educación, empleos precarios locales y regionales, que derivan en subcontratación, tercerización y flexibilización del trabajo, son factores que han llevado también a la exclusión y marginación social; además de

la proliferación de problemas sociales similares a los que experimentan todos los jóvenes en lugares más urbanizados, como la violencia cotidiana, la adicción a consumos ilícitos y la cada vez mayor influencia del crimen organizado. Es por ello de vital importancia para la disciplina antropológica la reflexión sobre las cotidianidades actuales, pues esto puede mostrar otra forma y sentido de vida de los espacios rurales. Esto lleva a pensar, por tanto, en un proceso en el que se conjugan tanto, identidades, valores, significados, como acciones, hábitos y prácticas, que no son más que la síntesis y la expresión cultural de una nueva realidad social.

IV. Apuntes sobre consumo

Como se ha mencionado al principio, una de las perspectivas más extendida en antropología, es observar a las poblaciones rurales de forma simplificada, como unidades familiares, homogéneas y específicas de producción y consumo. Así, en las interpretaciones clásicas de la disciplina antropológica sobre la formación de unidades familiares, nucleares o extensas, estas eran descritas como parte integral de una estrategia de producción para la subsistencia. Esta perspectiva, principalmente aportada por ERIC WOLF (1975), es importante para la teoría del campesinado y la economía política, que definía al consumo dentro de una lógica de producción de mínimos calóricos y excedentes. Bajo esta forma, lo más inmediato a producir y consumir, por cada miembro de la unidad familiar, es el mínimo calórico que cada organismo vivo necesita para estar en movimiento y existir.

Para lograr este consumo calórico se requería que el campesino, al ser su propio productor de alimentos, tuviera las herramientas, tierras, semillas, fuerza de trabajo y medios de producción. Es aquí donde se expresaban a su vez otros tipos de consumo, observados bajo formas de abastecimiento, los cuales consistían en: un fondo de reemplazo, que era aquel consumo usado para sustituir las herramientas o artículos necesarios para el trabajo y la producción; un fondo ceremonial, el cual era el consumo utilizado en la socialización comunitaria (fiestas anuales, ceremonias religiosas, rituales, etc.); y un fondo de renta, aquel que era el pago hacia el compromiso que se adquiría con el uso de la tierra, que en algunos casos se basaba en que el campesino tenía que producir una parte para él y otra parte para los dueños de la propiedad. Estos fondos eran importantes, pues representaban imperativos sociales. En ese sentido, la economía del campesino recae en torno a la familia y en toda la organización de esta, con lo que se determinaba el consumo de acuerdo con el número de integrantes, así como las funciones de cada uno (WOLF, 1975: 13-18).

Bajo esta interpretación, la unidad de producción en el mundo rural era a su vez la unidad de consumo pues, a través de un régimen patriarcal, las familias campesinas formaban una comunidad básicamente «auto-suficiente». Esto marcaba una división elemental y «autónoma» del trabajo, que garantizaba el autoabastecimiento de los alimentos y productos básicos. La comunidad productora era, a su vez, la comunidad consumidora de sus cosechas y de la producción industrial casera. Esto hacía considerar que la producción y el consumo tenían como principal objetivo la subsistencia, lo que les «distinguía» de la lógica del mercado capitalista, en un sentido más amplio. La justificación de la unidad económica campesina, por tanto, se constituía en función a la producción y reproducción, social y económica, la cual partía desde el interior del grupo familiar, siendo el objetivo esencial de dicha producción y reproducción la satisfacción de sus necesidades de consumo y no de lucro (CALVA, 1998).

Para ALEXANDER CHAYANOV (1974), uno de los autores más influyentes para los estudios de campesinado, el grupo familiar empleaba sus propios recursos laborales hasta que conseguía un ingreso anual viable que asegurara su sobrevivencia. Este grupo familiar intensificaba y extendía sus esfuerzos productivos

(producción agrícola, actividades comerciales y venta de fuerza de trabajo, entre otros) hasta sufrir autoexplotación o interrumpir la producción tan pronto cumplía con sus propósitos básicos de subsistencia y resolvía sus necesidades de consumo. El nivel de autoexplotación, para CHAYANOV, era resuelto a partir de identificar un equilibrio básico entre satisfacción de necesidades y las fatigas propias del trabajo. Sin embargo, como expone SUSANA NAROTZKY (2004), estas perspectivas de corte económico clásico no se referían al consumo de bienes y servicios no mercantilizados, ni tampoco a las relaciones entre los consumos mercantilizados, así como a las transferencias entre una y otra forma pues, «si se considera además el papel que rigen las transferencias entre patrones de consumo mercantilizados y no mercantilizados, resulta relevante el modo en que las distintas sociedades reproducen sus estructuras básicas y sus sistemas de diferenciación, y en ese proceso, se transforman. Por lo que es importante el modo en que las distintas sociedades producen y negocian significado en el proceso de consumo» (NAROTZKY, 2004: 149).

Siguiendo a NAROTZKY, si se hiciera una revisión a los comienzos de la Historia de la humanidad, en las comunidades primitivas nómadas, el acto comunitario y colectivo estaría vinculado al uso y la apropiación de la naturaleza. Si entendemos a la colectividad primitiva como aquella que genera trabajo para la satisfacción de deseos y necesidades, podemos considerar al consumo como producto de esta relación. En ese sentido, diversas perspectivas de análisis neoclásico sobre el consumo como el utilizado para describir a las sociedades rurales se han basado en una idea particular de la naturaleza humana, en donde el deseo tiene una expresión cuantitativa, que pueden alcanzar equivalencias y que el intercambio puede satisfacer el deseo al producir la cantidad requerida. Sin embargo, el contexto es el de equivalencias cuantitativas generalizadas, es decir, del sistema de mercado. Es por ello por lo que los peligros que entraña transformar una ley natural y universal en hipótesis históricamente fundamentadas e ideológicamente cargadas de la acción humana resultan evidentes. «No obstante es interesante señalar que para los economistas el consumo explica el proceso económico, pero depende totalmente de la intervención de las leyes reguladoras del mercado, que actúan sobre una tendencia fundamental de la naturaleza humana. Así, el consumo es un supuesto de la naturaleza y del mercado, que también es natural, y nunca se trata como un proceso social» (NAROTZKY, 2004: 147).

ZYGMUNT BAUMAN (1999, 2003) ha señalado que todos los seres humanos, en realidad todos los seres vivos, consumen. El acto de consumir ha estado presente en las diferentes etapas de la historia de las sociedades. No obstante, como el mismo apunta, en la sociedad actual el consumo parece estar en todos nuestros actos y en nuestra forma de vivir, a tal grado que, si en la sociedad industrial la gente se preguntaba si uno trabaja para vivir o vivía para trabajar, la pregunta hoy es si se consume para vivir o se vive para consumir. Antes, si bien las sociedades buscaban que sus integrantes fueran trabajadores, hoy exige que estos sean consumidores. Es por ello por lo que, dentro de un análisis antropológico del consumo, podemos referirnos a este como un proceso social que se caracteriza por tener cualidades experimentadas por todas las sociedades. De esta forma, en un principio, el consumo puede ser de «uso», pues todo objeto o materia es usado, comido, puesto o representado, utilizado para trabajo, juego o socialización, etc. Y de manera general, se entiende como medio para satisfacer, a través de este uso, todas nuestras necesidades y deseos. El consumo, dentro de esta mediación de necesidades y deseos, también genera «apropiación», pues el hecho de pagar por ellas convierte a los objetos y a la materia en algo de exclusiva propiedad impidiendo que otros las usen sin nuestro consentimiento. Bajo esta lógica, el consumo significa también «destruir», pues a medida que consumimos, las cosas dejan de existir, literal o espiritualmente (BAUMAN, 2003: 43).

Aquí es importante retomar el carácter de la cultura y la naturaleza del consumo. Si bien la cultura es cambiante, todas las sociedades desarrollan a través de un grupo de condicionantes históricas un conjunto particular de prácticas y acciones transmitidas de generación en generación. El consumo resulta ser uno de esos elementos constantes que la cultura reproduce y, a su vez, interioriza dentro de la misma, situación que, en las sociedades actuales, resulta especialmente evidente dadas las relaciones de mercado. En este punto, se debe considerar que el mercado no es el que directamente produce el consumo, sino que es la cultura quien produce y reproduce ciertos deseos y necesidades que lo expanden (MALVERDE, 2004: 111). Por ello, resulta interesante la propuesta de DANIEL MILLER (2005), que ve el consumo como parte de un proceso de objetivación, traducido como una construcción creativa de la humanidad de una forma específica de significados que se reflejan en la materialidad, dado a través de un doble proceso de exteriorización y reapropiación. Para MILLER, el consumo, en el contexto del capitalismo neoliberal, representa el único terreno que queda en que las personas pueden forjar de alguna forma una relación significativa con el mundo. El consumo aparece contradictoriamente a la idea de un simple materialismo, como un proceso mutuamente constitutivo de creación cultural y de identidad, y cada vez con mayor frecuencia se convierte en el único ámbito de acción política (MILLER, 2005: 31-34).

Al respecto, BAUMAN ha mencionado que la importancia del consumo en nuestras sociedades es tal que la ética del trabajo ha sido desplazada por la estética del consumo. Por un lado, en la sociedad industrial, el trabajo era el elemento que integraba a las sociedades, pues las condiciones en que se daba dicha integración, así como las relaciones sociales que se establecían entre individuos, al mismo tiempo daba las bases para que el engranaje de que el sistema industrial funcionara. Por otro lado, sin embargo, en la sociedad actual, el consumo ha tomado el papel como ese elemento integrador o desintegrador de la sociedad, pues «los individuos son incluidos o excluidos a partir de su capacidad de consumo; no sólo esto, también son ubicados socialmente en la medida en que tengan la capacidad de elegir entre la gran variedad de oportunidades, de sensaciones placenteras y experiencias que el mundo les ofrece» (BAUMAN, 2003: 64).

En un mundo de oportunidades, de posibilidades, la pobreza y la marginación social son vistas, no como el resultado de la falta de trabajo, ni como un problema social, sino como el resultado de la incapacidad de los individuos por consumir y, por tanto, se transfiere a un problema individual. Es a la par de estos aspectos que el consumo, como uso de recursos, se convierte en el único ámbito de la cotidianidad en el que las personas toman decisiones «en libertad» (BAUMAN, 2003: 91). De tal forma, se puede afirmar que las relaciones que los sujetos establecen entre sí están estrechamente relacionadas con condiciones materiales de existencia, las cuales, resultan perceptibles ante la mirada de los demás en la medida en que se haya satisfecho un patrón de consumo evidente, pues sólo así se será compatible o incompatible con los niveles de vida que se buscan alcanzar (MALVERDE, 2004: 109).

El consumo, a su vez, está relacionado actualmente con el proceso de crear de igual forma distinción, no sólo en función de la distribución diferencial de recursos materiales sino también de recursos simbólicos. Lo anterior ha sido expresado hace tiempo por ARJUN APPADURAI (1991), en donde el consumo tiene una fuerte relación con la construcción de identidades y, dependiendo de los contextos culturales, las mercancías adquieren distintos significados y valores de acuerdo con la circulación de estas. Es importante entender precisamente la misma propuesta de APPADURAI (2015) sobre las mercancías pues, en un proceso de consumo, se amplía la definición de MARX con su inclusión de la producción del valor de uso para otros, y que converge con el énfasis de SIMMEL sobre el intercambio como fuente de valor económico. Así, se aleja la excesiva

preocupación por el «producto», la «producción» y la intención original o dominante del productor, y permite centrarse más en la dinámica del intercambio y las relaciones que surgen de esto (APPADURAI, 2015: 29).

APPADURAI considera que, desde la mirada antropológica, los obsequios y el espíritu de reciprocidad, sociabilidad y espontaneidad que son tradicionalmente observados en el intercambio, suelen oponerse de manera rotunda al espíritu de lucro, egoísta y calculador que anima la circulación de mercancías. Sin embargo, mientras los obsequios generan relaciones entre las cosas, objetos o materias, y con las personas que participan del proceso de consumo o circulación de cosas, se suele observar esto como la representación de una transferencia de mercancías «libre», en gran medida llevada a través de restricciones morales o culturales; sin embargo, al final, estas transferencias son mediadas por el dinero y no por la sociabilidad. Es por ello por lo que APPADURAI rescata la argumentación de BOURDIEU, el cual pone el acento en la dinámica temporal de obsequiar para un análisis más profundo del espíritu en común que subyace tanto al obsequio como a la circulación de mercancías. Esto concibe ciertos paralelos estratégicos entre los intercambios producto de obsequios y prácticas más visiblemente económicas. «En ese sentido, Bourdieu propone que la práctica nunca deja de ajustarse al cálculo económico, incluso cuando presenta una apariencia de desinterés alejándose de la lógica del cálculo interesado (en su sentido más estricto) y poniendo en juego elementos que no son materiales ni fácilmente cuantificables» (APPADURAI, 2015: 32-33).

Esta sugerencia es importante pues representa un esfuerzo por restaurar la dimensión cultural a sociedades que con demasiada frecuencia son representadas simplemente como economías a gran escala, y restaurar la dimensión de cálculo a poblaciones que con demasiada frecuencia son descritas simplemente como solidarias y de pequeña escala, como sería el caso de las sociedades rurales. APPADURAI es crítico con la misma disciplina antropológica la cual, a partir de un análisis transcultural de las mercancías (al igual que otros temas de la vida social), suele dicotomizar en exceso. Así, estas oposiciones parodian ambos polos y reducen las diversidades humanas de manera artificial: «nosotros y ellos»; «materialista y religioso»; «cosificación de las personas» versus «personificación de las cosas», «intercambio de mercado» versus «reciprocidad», «*rural e urbano*» etc. (APPADURAI, 2015: 34).

Un enfoque interesante que puede correlacionar algo de lo expresado de APPADURAI (1991; 2015) es el utilizado anteriormente por JEAN BAUDRILLARD (1974), quien intenta desarrollar una crítica de la economía política del signo. Su argumento principal indica que, en el estudio del consumo, el concepto de necesidad ha sido considerado el principio funcional universal del objeto o mercancía, tanto por los economistas políticos como por los marxistas. En su opinión, esta separación de las necesidades primarias, tanto naturales como sociales, es ideológica y esencialista. Para BAUDRILLARD, en la base del sistema capitalista contemporáneo, el valor de uso y el valor de cambio convergen en el valor/signo, ya que los bienes no sólo son inmediatamente producidos para el intercambio como mercancías, sino también para la significación codificada como signos. Así, la producción social de los valores de signo, el control y la manipulación del proceso de significación, la monopolización del código del signo, resultan fundamentales en el proceso de dominación. Esto, desde una posición crítica, indicaría que se sustituye a la lógica de clase definida por la propiedad de los medios de producción (BAUDRILLARD, 1974: 77).

Si seguimos a BOURDIEU (1988), a través del concepto de *habitus*, podemos observar que el consumo se entiende también como un proceso de creación de distinción cultural, el cual atraviesa condiciones objetivas de existencia, que produce y a su vez genera diferencias entre grupos y clases sociales. Si se toma al *habitus*

además como una estructura de reproducción, creado por condiciones objetivas, este a su vez produce percepciones que generan prácticas que causan distinciones de clase y reproducen posiciones de clase a través de aspectos materiales de la cultura cuando estos son tomados como capital no únicamente económico, sino también como capital simbólico. Estas distinciones son el sistema por el cual las identidades personales y colectivas se negocian en la práctica, donde la atribución de la identidad contribuye a reproducir, a través de un sistema de representación, los mecanismos objetivos de la distribución o dominación de clases.

Así, recuperando a NAROTZKY, el consumo puede ser entendido mejor como un proceso social, el cual es un proceso dentro de otro proceso, pues no puede ser separado de la producción y la distribución. También se debe entender que la serie de relaciones complejas que surgen de este proceso no son iguales para todos. Los factores globales, locales, de clase, género y edad, entre otros, afectarán el modo en que las personas se apropian de los recursos, los distribuyen y finalmente los utilizan. Aquí, las posiciones de poder y riqueza, parcialmente construidas en la producción y en la articulación de diferentes formas de producción en un sistema capitalista global, condicionan la capacidad de las personas para organizar el consumo y significar a través de él. A su vez, todo lo que se consume, ya sea por uso, apropiación o destrucción, confiere una cantidad de poder determinada sobre otras personas. Esto se destaca en cuanto que causa conflictos, negociaciones y diferenciaciones en cada etapa del proceso, pues el acceso, la distribución, el procesamiento y la utilización de recursos constituyen ámbitos sociales en los que el poder y la riqueza, el control y la posesión están constantemente en juego. «Ámbitos donde se produce significado que afecta a todo el proceso económico y más allá, pues construye directamente la identidad y los cuerpos de las personas. La lucha y también en la solidaridad constituyen aquí elementos constantes en un proceso tanto privado como público, individual y colectivo, homogeneizador y diferenciador» (NAROTZKY, 2004: 165).

En ese sentido, no se debe pasar por alto que la posibilidad de acceso al consumo hoy está limitada a la capacidad de acumular capital. Consecuentemente, las necesidades y perspectivas de vida quedan subsumidas a los ingresos atribuidos de diversas formas en el trabajo (el cual tiene como particularidad ser cada vez más flexible, terciarizado y precario). Esto no limita del todo la posibilidad de consumir; sin embargo, sí excluye de la misma capacidad de relacionarse o integrarse a otros grupos y clases sociales con más capital. Si bien hay una apertura hacia un proceso global de consumo, para sujetos como los jóvenes rurales, este es notoriamente inferior al de la sociedad en general, dado que una de las características históricas de estos espacios ha sido la marginación y la pobreza estructural. De hecho, como también es mencionado por BAUMAN (2003: 68), «los pobres no habitan una cultura aparte de la de los ricos, deben vivir en el mismo mundo, ideado para beneficio de quienes tienen dinero».

Finalmente, ante las transformaciones socioeconómicas de los espacios rurales, debemos considerar a estos, no sólo a través de su capacidad productiva, sino a través de relaciones más amplias de consumo que ahí también se originan. Actualmente, la cultura material y las dinámicas de consumo a la cual se adscriben los jóvenes se diferencia por muy poco, en el sentido tradicional, de la expresada en sociedades urbanas. Aquí destaca el nivel de globalización que ha alcanzado a la mayoría de las regiones en México y América Latina, lo cual se percibe principalmente desde hace años a través de la conexión en comunicación y el impacto del mercado. Esto ha llevado en un principio a prácticas de consumo cultural producto de la televisión, radio, internet, telefonía celular, etc., lo que en espacios rurales coincide con la generación de deseos y necesidades que rebasan precisamente la mirada clásica sobre el consumo tradicional.

V. Del arado al celular: Relatos de jóvenes en espacios rurales del centro de México

Como he expresado al inicio, el interés de describir las trayectorias de vida de jóvenes en espacios rurales tuvo como punto de partida los municipios de Nativitas, al sur del estado de Tlaxcala y Otumba, al noroeste del Estado de México. Ambos municipios comparten una historia similar con respecto a otros espacios y localidades de la región del centro de México, la cual concentra una parte importante de la actividad política, cultural y económica del país. Ambos municipios tienen una historia de asentamientos humanos desde la época prehispánica, así como un proceso amplio de consolidación de haciendas durante la colonia y, posteriormente, de desarrollo de ejidos tras la etapa revolucionaria, lo cual ha mantenido, además del paisaje mayoritariamente rural, cierta producción agrícola que sigue siendo relevante para un importante número de familias.

La región donde se ubican estos municipios en la actualidad está conformada por siete estados: Ciudad de México, Estado de México, Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Morelos y Querétaro, los cuales integran una extensión de 97.964 km², lo que representa el 5% de la superficie total del país. A pesar de la poca extensión territorial, la región cuenta con una población de más de 37 millones de habitantes que representa el 33'1% del total del país y de los cuales, más de 10 millones se encuentran entre los 15 y 29 años (INEGI, 2018). En la región se localizan dos de las entidades con mayor población a nivel nacional, la Ciudad de México, que tiene casi 9 millones de habitantes y el Estado de México, con más de 16 millones. Esta característica genera una alta densidad de población con 1.088 habitantes por km², así como una alta movilidad espacial. Sin embargo, se debe apuntar que la densidad tiende a ser desigual a lo largo de la misma región, pues dicha distribución de la población se debe en gran medida a que el desarrollo industrial y económico ha sido diferenciado en cada una de las localidades y sus municipios.

Por otra parte, se observa una clara prioridad de comunicaciones hacia las ciudades de Puebla, México y Toluca, las principales dentro de esta región, al igual que una cantidad importante de otras carreteras y caminos a ciudades intermedias y otras localidades en donde las combinaciones pueden ser diversas. Sólo las partes montañosas se encuentran relativamente exentas de caminos. Sin embargo, con excepción de algunas áreas, ningún punto de esta parte de la región del Centro de México está a más de 2 ó 3 km. de un posible transporte. Al respecto, no existe una forma directa de rodear la Ciudad de México si no se desea pasar por ella, así como tampoco se han desarrollado enlaces carreteros de primer orden, con autopistas directas hacia otras ciudades importantes en otras regiones del país (GARAY, 2008: 79).

Si bien siempre han existido cambios y/o continuidades regionales debido a procesos históricos, en el último siglo se han generado ciertas particularidades producto de nuevas ruralidades que se han gestado en las últimas décadas, debido al abandono político y económico del campo, la diversificación de mercados de trabajo, así como procesos de urbanización e industrialización de las localidades, que en consecuencia han acelerado el crecimiento demográfico de algunas ciudades intermedias. De igual forma, la estructura de ocupación espacial de la región ha evolucionado hasta conformar una red o subsistemas de localidades rurales, con una alta interdependencia entre ciudades y una actividad económica muy diversa, la cual paradójicamente ha ido especializando un gran número espacios. Un ejemplo claro son las localidades que se han centrado en una sola producción específica que ha permitido dinamizar y mantener las economías de ciertas familias. Finalmente, cabe destacar que, mientras la Ciudad de México es el espacio menos rural y el más desarrollado del país, entidades como el Estado de México, Hidalgo, Tlaxcala y Puebla, en las que se encuentran ubicados y relacionados los municipios de partida de la investigación, a nivel nacional se ubican entre los más rurales y pobres del país.

Partiendo de lo expuesto y del contexto de estudio presentado, se presentan a continuación una serie de narraciones, relatos y reflexiones, que fueron obtenidos en diferentes momentos durante el trabajo de campo con jóvenes de la región. Estos se ordenan sin intención más allá de mencionar un día de manera cotidiana en el que se realizó el acompañamiento y la convivencia etnográfica.

VI. Un sábado con Sara²

Nos desplazamos de San Miguel del Milagro a las 11:00 am., en un viaje de 25 kilómetros y aproximadamente una hora y media de duración. Primero abordamos un autobús hacia San Miguel Xoxtla y posteriormente una camioneta de transporte hacia Galerías Serdán, un centro comercial ubicado en el norte del estado de Puebla. Sara está impaciente pues hoy es su día libre y hace días recibió una notificación en su celular sobre el inicio de rebajas de la tienda Pull & Bear. Durante todo el trayecto, Sara se comunica con amigas y amigos para quedar más tarde. Han acordado pasear un poco e ir posiblemente al cine y/o comer algo. Antes de la 1:00 pm nos encontramos recorriendo los pasillos de Galerías Serdán. Si bien Sara me ha dicho qué es lo que quiere comprar, aun así, recorreremos una por una las tiendas para mirar ropa. El centro comercial tiene las mismas características de espacios similares dentro de la Ciudad de México y grandes capitales del país. Se construyó en el 2013 en una zona popular, en un inicio para competir con la zona financiera, residencial, comercial y de negocios de Angelópolis de Puebla³, pero el desarrollo inmobiliario no se logró impulsar del todo. Aun así, la oferta en servicios y consumo del centro comercial es importante y, en algunos casos, va más allá del poder adquisitivo de la población de las localidades cercanas. En una construcción de tres plantas se ubican las principales tiendas de ropa y calzado (Adidas, American Eagle, Berskha, Pull & Bear, C&A, GAP, H&M, Scappino, Vans, Sketchers, Zara, etc.), tecnología y telefonía (iShop, Steren, Samsung, Telcel, Movistar, AT&T, Game Planet, etc.), comida rápida y entrenamiento (Burger King, Carls Jr., Chilli's, Domino's Pizza, Starbucks, Cinopolis, etc.), así como bancos, joyerías y otros servicios reconocidos en México. Después de dos horas en las cuales se han integrado poco a poco tres amigos de Sara (Jazmín y Noé, de 19 años, y Lorena de 20 años) y se ha entrado a 10 tiendas, finalmente nos dirigimos a Pull & Bear.

En el lugar, Sara busca la prenda que le interesa y, después de probarse, decide no comprarla, pues esta pieza no cuenta con descuento y no tiene el dinero suficiente para adquirirla (el costo era de US\$20.59⁴). En su lugar deciden ir al cine. Sin embargo, sus amigos Noé y Lorena se han quedado también sin el dinero necesario, pues en el transcurso del paseo fueron gastando en algunas cosas (recargas de celular, dulces, una playera) y, si bien podrían pagar la entrada (US\$2.57), Sara me dice que no alcanzaría para comprar palomitas, bebidas o algo más (US\$3.09 por persona) y, en ese sentido, ellos mencionan que «no tiene caso entrar». Al final, Sara prefiere invitar a todos a un helado (US\$7.72) y, después de recorrer el lugar un poco más, Sara y sus amigos se sientan en una jardinera a observar a las personas pasar. Platican sobre qué se podría comprar y de qué lugar es mejor para hacerlo, de lo que las personas visten y de cómo se verían ellos con ciertas ropas, de qué marcas son mejor y de cuáles nunca comprarían, etc. Salimos de Galerías Serdán a las 7:00 pm. El regreso es más complicado pues hay que pasar por la zona conurbada de San Martín Texmelucan, así que se hacen un poco más de dos

² Convivencia, relatos y entrevistas obtenidas en junio 2017. Para guardar la confidencialidad, se ha cambiado el nombre de los participantes.

³ Angelópolis es un polígono o distrito financiero, residencial, comercial y de negocios ubicado entre las ciudades de Puebla de Zaragoza y San Andrés Cholula, en el estado de Puebla, México. En este polígono se ubican colegios y universidades privadas, fraccionamientos y desarrollos residenciales de alta gama, el Centro Comercial Angelópolis uno de los más grandes y exclusivos de México, además de diversos rascacielos, centros culturales, parques, hospitales, centros de servicios, entre otros.

⁴ Para dar un ejemplo de los ingresos o gastos de los relatos se ha decidido dar el valor en dólares (US\$) de su equivalente en pesos (MX\$). El valor de esta conversión es la establecida en los mercados internacionales el día 26 de octubre de 2018.

horas de vuelta hasta San Miguel del Milagro. Al final, Sara se lamenta por no comprar lo que quería y por tener que levantarse mañana temprano a trabajar, pero me dice que el próximo mes o antes, ahorrará para conseguir la blusa que quiere.

Sara tiene 19 años y es originaria de San Miguel del Milagro, una de las localidades con mayor reconocimiento del municipio de Nativitas en el Estado de Tlaxcala, debido al santuario del mismo nombre y los sitios arqueológicos de Cacaxtla y Xochitecatl que se encuentran ahí. La localidad tiene una geografía particular al ubicarse en la parte alta de un cerro desde donde se aprecian los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, así como el de La Malinche. En la actualidad, San Miguel del Milagro tiene cierto nivel de urbanización y una importante dinámica de comercio debido a que el Santuario construido en el Siglo XVI ha sido atractivo históricamente para el peregrinaje y, actualmente, gracias al aumento del turismo religioso de la región. Es por ello por lo que se han expandido algunos negocios como tiendas de abarrotes y comercios de comida. Sara es la menor de tres hermanos, su padre es ejidatario y, al igual que muchas familias de San Miguel, se dedica al cultivo de amaranto, el cual vende una parte de la producción y la otra la usa para elaborar dulces. La madre se dedica, por su parte, a la venta de comida casera (tacos, quesadillas, gorditas, caldos, etcétera). Sara terminó la preparatoria, pero ya no quiso seguir estudiando pues comenta que se aburría. Comenzó a «ayudar» desde los 12 años en el negocio de su madre, lo que le confirió cierta autonomía en el sentido de tener algo de ingresos propios. Sara se emplea con su madre 6 días a la semana y algunas veces trabaja como demostradora o ayudante en general de tiendas comerciales. En promedio puede ganar entre US\$46.32 o US\$61.76 al mes. Si bien se podría considerar que el grado de trabajo y socialización de Sara se suscribe directamente a las características alguna vez mostradas del trabajo de una unidad familiar tradicional, donde todos los miembros del grupo ayudan para el mantenimiento de la casa, se observa que, muy por el contrario, al igual que otros jóvenes, los espacios de experiencia cotidiana se han ampliado y el destino de los ingresos, así como la percepción que se tiene de la cotidianidad, es muy diferente. En ese sentido, los medios de comunicación, en especial el acceso a internet que es experimentado por la mayoría de jóvenes de las localidades, se han convertido en importantes referentes tanto de distinción como de identidad.

Pues sí mi familia es de pueblo, pero yo no me considero tan así [...] antes la gente de aquí no salía más que a la plaza, hoy nosotros podemos ir a otros lugares además de que ya no somos iguales a los papás [...] yo empecé a ayudar y a ganar algo de dinero desde niña, así me empecé hacer de cosas, me compré mi primer celular a los 15 (años), aún aunque mi mamá no quisiera, ahí empecé a ver que a diferencia de ella yo podía tener y querer otras cosas [...] Yo tengo redes sociales como todos (jóvenes), si no tienes pues como que no existes, o no puedes luego hacer amigos [...] yo soy muy amiguera en ese sentido, en el Facebook, he de tener como 900 o casi 1000 amigos, algunos son de por aquí y otros amigos que he conocido de otros lugares o países [...] me gusta ver las fotos, ver videos y subir mis fotos, luego si me fijo en cómo visten o cómo visto yo y eso, cosas como nuevas, luego ves lo que está de moda y pues lo buscas (sic).

Se puede coincidir que los medios de comunicación y la tecnología han permitido el acceso a un consumo global, generando referentes hacia nuevas dinámicas y posibilidades de integración a una sociedad mayor para parte de las juventudes rurales contemporáneas. Sin embargo, esta integración no deja de ser parcial y limitada a las posibilidades reales de consumo, dando paso a espacios rurales segmentados por consumos precarios, para economías y trabajos de igual forma precarios. Como también se ha observado en investigaciones recientes, podemos encontrar que se produce un consumo supeditado a la deuda, en el cual las instituciones de crédito juegan un papel «apropiado» dentro de tiendas departamentales «accesibles» para la compra de teléfonos celulares, computadoras, tablets, ropa, electrodomésticos, autos, etc. (MIRANDA ORTÍZ, 2017). Finalmente, pese al aumento del precio final de los productos, se convierten en la única posibilidad de acceso al consumo, aunque en el fondo esto genere mayor precarización.

Mi celular lo compre a crédito, aun me falta un año pero me ha funcionado bien [...] Trabajaba entonces en Zacateco, un día pasé (Tienda Elektra) y me lo ofrecieron, ya lo había visto antes pero hasta esa vez me animé, fue muy fácil y no tuve que dar mucho [...] no recuerdo cuanto costaba así de contado, a crédito pues subió un poco más (El costo al contado del celular de Sara era de US\$139.45, a crédito ella estará pagando al final US\$211.76, en cuotas semanales durante 24 meses) [...] A mí me gusta mucho la ropa, incluso mis amigos me dicen que soy presumida, pero no, simplemente me gusta verme bien [...] pues ya mucha (ropa) de la que me gusta la encuentro en la ciudad (Tlaxcala / Puebla), o incluso por aquí hay una vecina que vende por catálogo, está buena, la da a pagos y es de la que anuncian en tele o de la que sale en internet [...] pues yo ya no veo así como de pueblo, aquí hay algunas familias, pero incluso es diferente no, aquí ya podemos tener cosas como en otros lados [...] puedo decir que soy pobre pero muy amable, dinero no tengo, pero mala vida no me doy (sic).

VII. Un jueves con Óscar⁵

Nos levantamos a las 4 de la mañana para empezar a segar y recolectar tuna. Antes de las 6 de la mañana se han llenado 10 cajas de 15 kilos, las cuales son cargadas en una camioneta que alquila un vecino de Óscar. En ella, se juntan cajas de otros dos ejidatarios del lugar y se hace un recorrido de 40 kilómetros hacia la Central de Abastos de Ecatepec, Estado de México, a la cual se va dos o tres veces a la semana durante la temporada de cosecha que es de julio a septiembre, y es uno de los tres lugares que frecuentemente se vende el producto. Salimos de la localidad a las 6:30 am. El trayecto es de una hora aproximadamente. Nos acompañan además del conductor (35 años), otros dos jóvenes de la localidad (19 y 23 años) que, al igual que Óscar, van a vender sus cajas y duermen un poco antes de llegar a la central y descargar. En la central, Óscar busca y vende al locatario que le ofrezca mayor precio, y hace una espera de dos a tres horas en lo que recibe el pago de 10 cajas (US\$51,65). En ese tiempo Óscar desayuna algo ligero (US\$1.03) y recarga crédito en su celular (US\$2.58). Mientras esperamos, Óscar revisa sus redes sociales y hace un par de llamadas. Los demás aprovechan para comprar algunas cosas y convivir con los locatarios de la central. Antes de regresar, Óscar pide pasar a un lugar cerca de ahí a comprar «algo». Regresamos a Cuautlancingo antes del mediodía. Cada uno de los jóvenes ha pagado US\$5.16 al conductor por el alquiler, Óscar entrega US\$30.99 a su padre y se queda con US\$15.49 por cortar, recolectar y vender las cajas. Nos dirigimos a la tortillería de su madre en donde, mientras ella va a preparar la comida, Óscar se encarga del negocio y de realizar algunos encargos. La madre de Óscar regresa a las 2:00 pm y él sale a repartir a 5 lugares diferentes. Por esta actividad no recibe dinero. Después de comer en casa de Óscar, salimos a encontrarnos con otros jóvenes de la localidad en la plaza principal a eso de las 6:00 pm. Algún tiempo después, la expareja de Óscar lo encuentra ahí y él le da US\$15.49 para su hijo. Después de las 7:00 pm algunos se retiran y otros van llegando con bebidas (refrescos y cervezas). La mayoría viene de trabajar como ayudantes generales, auxiliares en comercio y como jornaleros agrícolas. Antes de las 10:00 pm, Óscar ha comprado un par de cervezas de lata (US\$2.07) y se ha acordado ir camino a un jagüey (*pozo de agua natural*) desecado a las afueras de la localidad. Alrededor de este, algunos jóvenes beben, otros fuman tabaco o mariguana, y algún otro, como Óscar, se ha tomado la cerveza, aplasta la lata, hace un orificio y saca de sus bolsillos un par de «piedras⁶» que ha comprado anteriormente para inhalar. Estas le costaron US\$10.33. Óscar va a dormir a la 1:00 pm. Antes coloca el despertador de su celular a las 4:00 am, pues mañana habrá de hacer lo mismo.

Óscar tiene 22 años y vive en la localidad de Cuautlancingo, dentro del municipio de Otumba, Estado de México. Es el segundo de tres hermanos. Su familia cuenta con un ejido que dedica en su totalidad al cultivo de nopal y tuna. Además, desde hace 10 años, la familia se hizo de una pequeña tortillería que administra la

⁵ Convivencia, relatos y entrevistas obtenidas en julio-agosto 2013. Para guardar cierta confidencialidad se ha cambiado el nombre de los participantes.

⁶ En el centro de México se le conoce comúnmente como «piedra» al «crack», un derivado entre clorhidrato de cocaína y bicarbonato sódico que forma una piedra cristalina y que se suele inhalar. Este se distingue por su baja calidad, pero alta adicción.

madre. Óscar estudió únicamente la Primaria, y hace cinco años tuvo un hijo con una mujer de la que encuentra separado actualmente. Desde los 8 años, Óscar comenzó a trabajar con su padre cortando y limpiando nopal. En la actualidad, si bien ayuda a su familia por la tarde haciendo algunos repartos de la tortillería, sus fuentes de ingresos se encuentran en la venta de nopal y tuna durante la temporada, así como en diversos empleos el resto del año como albañil, ayudante general, comerciante, mesero, jornalero, etc. Algo que se observa en la perspectiva de los jóvenes que viven en espacios rurales que siguen empleándose y en contacto con la agricultura, es el cambio en el sentido que se le da a esta pues, si bien se sigue trabajando el campo, ya no se consideran campesinos. Ahora la finalidad de esta actividad es obtener no sólo un sustento económico sino también en lo posible un mayor «acumulación». Ante esto, las posibilidades de continuar trabajando en el campo dependen de qué forma puedan administrar y hacer rendir más sus recursos:

Luego pues no es que no me guste el nopal o la tuna, luego sí sale pero pues ahí vas al día, te sale para tus gastos y ahí es una corta, yo siembro aparte unas melgas, tú sabes, te vas metiendo para tener más, pero no siento que sea campesino como algunos dicen, que nomás trabajo para comer y así [...] pero aquí los que pueden hacer son los productores, que pueden ir al mercado, aquí hay mucha gente que son productores, la mayoría son productores, pero muy pocos tienen mercado [...] así que para que te salga debes ser aparte coyote (se les dice a los acaparadores de productos), entiendes pues, vender tus mismas cajas, así sí sale, una caja de tuna de la aguacatera (tuna grande) aborita está en US\$5.16, como coyote ya nomás te dedicas tempranito venir por 100 ó 200 cajas, las subes, las llevas aquí y ya a medio día estas de regreso con un cambio (dinero) (sic).

El cambio que se observa no sólo se da en el sentido de la percepción económica, sino en el consumo al que está destinado los ingresos. Bajo la idea clásica del consumo, la posibilidad de propio ingreso era destinado a la reproducción de la familia. Sin embargo, como se observa en la mayoría de los relatos, los consumos son cada vez más individualizados. Si bien se ha mencionado el alcoholismo como un problema tradicional de consumo de las sociedades campesinas de México, cada vez más otros tipos de adicciones se han hecho presentes. Estos consumos, si bien pueden ser diferentes al de las poblaciones en espacios urbanos, cada vez más aparecen en la cotidianidad de los jóvenes rurales, mostrando el rostro de la marginalidad y la aceptación de esa desigualdad. Al respecto, NAROTZKY (2004: 161) expresa que todas estas perspectivas, incluyendo la de BOURDIEU, parecen olvidar que el consumo de mercancías no puede ser abstraído de las relaciones sociales que las producen. Las cosas poseen significado y pueden expresar relaciones sociales y luchas por el poder porque las relaciones sociales y las luchas por el poder cristalizan en los objetos y su consumo:

Pues aquí todo mundo se mete cosas (alcohol y/ o drogas) igual está mal, pero bueno si todos lo hacen porque yo no, además cada quien es responsable de su vicio [...] claro si fuera rico, me metería hartas líneas (cocaína) y chuparía puro Azteca de Oro o Don Julio (marcas de bebidas alcohólicas reconocidas por su alto costo comercial) [...] pues qué nos queda, aquí los de Cuautla estamos bien jodidos, a veces hay algo, a veces no hay nada, por lo que, si se vive al día, por lo menos hay que disfrutarlo o ¿no? (sic).

VIII. Un viernes con Aurora⁷

He quedado con Aurora a las 5 pm, en la iglesia de la localidad de Jesús Tepacteppec. Hoy hay «baile» en San Mateo Ozolco, localidad ubicada a 42 km. del lugar, en las faldas del Volcán Popocatepetl, dentro del estado de Puebla. Juan (23 años), un amigo de la localidad que toca en un grupo de música de banda, se presentará esta noche, le ha invitado y nos llevará en su auto. Vamos acompañados además de otras dos amigas de Aurora (19 y 21 años). A San Mateo se hace aproximadamente un poco más de una hora de viaje desde Jesús Tepacteppec. En el auto, las conversaciones son sobre los lugares que vamos dejando atrás, sobre amigos y fiestas pasadas, a los familiares que se podrían encontrar y la gente que preferirían no ver, aunque la mayor parte del tiempo,

⁷ Convivencia, relatos y entrevistas obtenidas en septiembre de 2016. Para guardar cierta confidencialidad se ha cambiado el nombre de los participantes.

hasta Juan que va manejando, van comunicándose o mirando sus celulares. Todos los acompañantes han tenido cuidado con su aspecto personal, de tal forma que Aurora y sus amigas llevan ropa recién comprada o con poco uso para tal ocasión. Específicamente, consiste en jeans de mezclilla con aplicaciones de color o incrustaciones, blusas o camisetas vaqueras ceñidas, maquillaje y accesorios (aretes, cadenas, pulseras la mayoría de bisutería). Incluso Aurora y Juan llevan texanas (sombrosos). Ellas llevan tacones altos y Juan botas de piel. En su conjunto, cada «outfit» tiene un costo promedio de US\$51.65 a US\$77.47. En el camino se va escuchando música y bebiendo cerveza de lata (US\$7.75), además de que, en el camino, se ha comprado también una botella de ron (US\$10.33). Antes de las 7 pm hemos llegado a San Mateo Ozolco, en donde se celebrará un rodeo con motivo de las fiestas patronales. Por tanto, hay mucha gente ya esperando a entrar en una carpa que se ha puesto casi a la entrada de la presidencia municipal. Aurora y sus acompañantes, debido a que vamos con Juan que tocará dentro de unas horas, se autonombran VIP. Consecuentemente, podemos pasar a una parte acordonada del escenario, en donde hay mesas preparadas para los músicos, autoridades, organizadores y sus familias. Desde ahí, Aurora y sus amigos, además de socializar, escucharán música y bailarán al igual que la mayoría de los asistentes. El contraste no deja de ser interesante. San Mateo Ozolco es una pequeña localidad de origen nahua que se ha caracterizado por su tradición agraria, en donde destaca la producción de pulque realizada por casi la mitad de las familias, lo que les ha llevado a realizar desde cada año una fiesta dedicada a dicha producción. Sin embargo, también desde hace tiempo, una de las principales fuentes de ingreso son las remesas de la migración de jóvenes/adultos de la localidad a Estados Unidos. Así, en el baile se encuentran personas que son productores campesinos; otros, principalmente los más jóvenes, visten ropa de marcas americanas e interactúan todo el tiempo con celulares de gama media y alta; algunos toman apenas una cerveza o tienen envases de plástico con destilados de baja calidad y otros consumen botellas de alto costo, generando en el lugar una mezcla entre precariedad y exceso. En ese sentido, Aurora manifiesta por lo menos en su presentación y ciertas acciones, privilegios y distinciones diferentes. Esto es algo que sale a relucir por momentos durante la presentación de Juan, pues Aurora y sus amigas durante todo ese tiempo se dedican a criticar a aquellos que no «visten» bien y que no pueden estar dentro de la zona «VIP».

Aurora tiene 19 años y es originaria de Jesús Tepactepec, una de las localidades más representativas dentro del municipio de Nativitas, principalmente porque se mantiene una importante economía agrícola. En la actualidad, la localidad presenta un desarrollo urbano importante, pues se ha ido colindando con las localidades de Santo Tomás La Concordia, así como con la cabecera municipal de Nativitas. Se observa una estructura más como de una colonia que de un pueblo, el cual ha crecido entre dos importantes vías de acceso del municipio, que van desde la cabecera municipal hasta Tlaltenango, Puebla, y que anteriormente era la salida natural hacia los ejidos. La población de Jesús Tepactepec ha diversificado sus actividades económicas desde hace más de 10 años: aunque muchas de las familias aún mantienen cierta producción agrícola centrada en el cultivo para forrajes, engorda de ganado vacuno y venta de leche, también han ido ganado importancia el comercio formal e informal, así como el trabajo en sectores de servicios. Al igual que muchas de las localidades de la región, aun imperan autoridades tradicionales y los sistemas de cargos, una cotidianidad que se complementa con celebraciones comunitarias y religiosas, como son carnavales y fiestas patronales.

Aurora es la tercera de cuatro hermanos. Su familia cuenta con un par de ejidos dentro de la localidad. Su padre se dedica al cultivo de maíz forrajero, además de contar con algunas cabezas de ganado vacuno que utiliza para la producción de traspatio (venta de leche y queso principalmente). Su madre, por su parte, cuenta con una pequeña tienda de abarrotes. Para Aurora, la actividad agrícola ha sido siempre parte de su vida, pues

desde pequeña ha ayudado a su familia con algunas actividades dentro del ejido o del traspatio. Sin embargo, en este momento ella está también estudiando una carrera en derecho en la Universidad Autónoma de Tlaxcala, además de tener un empleo los fines de semana en una tienda departamental en la localidad de Zacatelco, Tlaxcala. Todos los días Aurora se levanta a las 5 am para limpiar y recoger los desechos de las vacas que tienen en su traspatio, sale de su casa a las 7 am para viajar 18 km. hacia la capital del estado, en donde tiene clases en la Universidad de 8 am a 2 pm de la tarde. Regresa a su casa a ayudar con algo del mantenimiento de la casa o de la tienda de su madre. Y los fines de semana, ella realiza otro recorrido de 16 km. para trabajar en una tienda de electrónicos en Zacatelco. Al respecto, considera que para los jóvenes de Jesús Tepactepec, si bien las actividades y el trabajo agrícola son parte también de una forma de vida, ya cada vez más ellos deben emplearse en otras cosas que les permitan tener mejores ingresos. Y si bien algunas de las familias como la suya cuentan con un ingreso importante a través de la misma actividad agrícola, considera que mucho de eso alcanza para algunas necesidades de las familias, pero no cubre del todo las necesidades de los jóvenes actuales:

Aquí todos somos gente de campo, como mis padres y mis primos, aunque pues también estudiamos para poder hacer otras cosas [...] A mi familia le va bien con el negocio y lo de los animales, pero por ejemplo si yo quiero algo, más allá de lo que me dan para la universidad, tengo que conseguirlo de otra forma [...] Trabajo por eso los fines de semana, así ya me puedo comprar mis cosas [...] pues tú sabes, lo que nos gusta a nosotras las chicas, ropa, lociones, cosas para el pelo, uno que otro detalle así como para vernos bien, yo en la carrera luego debo ir bien arreglada pues es importante que en la universidad te vean que tienes cosas y que no soy pobre nomás porque mi familia tiene animales [...] pues te digo, si alcanza pero pues no para todo, hay muchos chavos como mis primos que tuvieron que dejarlo ya que no les salía para comprar o salir de fiesta, y no porque no sea bonito vivir del campo, pero igual luego no deja, por lo que muchos por eso lo dejan y mejor se consiguen un trabajo en otro lado (sic).

Si consideramos al consumo como un proceso social en el que se integran formas de producción de subjetividad y de reproducción objetivas de existencia, podemos entender la generación también de las diferencias entre identidades y clases sociales. De esta forma, la interacción entre medios de comunicación y ofertas del mercado, constituyen prácticas de consumo que a los jóvenes les constituye significados diferentes para su forma de actuar en la cotidianidad. Como es propuesto por GONZALO SARAVÍ (2015), el consumo no solo refleja las desigualdades de clase, sino que las establece y construye. Así, en cuanto a las especificidades y contrastes entre los estilos de vida de los sectores más privilegiados y los menos favorecidos, el consumo supone posibilidades y oportunidades para los primeros, y restricciones y limitantes para los segundos. Como se ha mencionado en este trabajo, estas distinciones son el sistema por el cual las identidades personales y colectivas se negocian en la práctica, donde la atribución de la identidad contribuye a reproducir, a través de un sistema de representación, los mecanismos de su propia dominación y fragmentación de clase.

Aquí es todo aburrido, sí es divertido luego salir con la gente a la iglesia o la feria que se hace, pero tampoco hay mucho [...] A mí me gustan muchos los bailes, pero para asistir a ellos pues tienes que tener dinero pues los mejores se hacen lejos de aquí, por eso si trabajas pues es más fácil que vayas y pues también, no es que una vaya nomás a ver que se encuentra, también pues puedes comprarte una botella o tan sólo si quieres que un chico guapo te preste atención, te tienes que ver bien ¿no?, no que así toda pobre ni te ven (sic).

IX. Un martes con Damián⁸

Desde las 5 am, Damián y su madre se han levantado a acomodar en pequeños manojos las flores que consiguieron la noche anterior en la localidad. Agrupan un total de 30 pequeños rollos de rosas rojas y blancas, que al final envuelven en un sólo paquete de papel cartón y que es amarrado firmemente con pedazos de mecate. Normalmente, un familiar los lleva en diferentes lugares por el noroeste del Estado de México. Sin embargo, en esta ocasión, la camioneta se encuentra averiada y, por tanto, como también suelen hacerlo si no se encuentra

⁸ Convivencia, relatos y entrevistas obtenidas en mayo de 2017. Para guardar cierta confidencialidad se ha cambiado el nombre de los participantes.

con esa posibilidad, el viaje será por transporte público. Salimos de Santa María Tecuanulco a las 6:30 am. Tomamos una camioneta hacia el centro de Texcoco a 15 km., en un viaje de 40 minutos y de ahí otra camioneta que recorre 30 km. a Otumba en un viaje de más de una hora. Durante el recorrido, Damián escucha música a través de su celular, mientras su madre duerme un poco. Antes de llegar a Otumba, su madre ha dividido en dos paquetes de 15 manojos de rosas cada uno, los cuales tienen un precio de US\$1.55. Ella desciende un par de localidades antes. En Otumba, Damián ha pensado ir primero a Ciudad Sahagún, Hidalgo que se ubica a 15 km. del lugar y para lo cual tomamos otro autobús. El día de hoy hay tianguis (*mercados sobre ruedas*) en estas dos localidades, por lo que Damián piensa recorrerlos para vender sus rosas. Siendo casi las 11 am, Damián ha vendido dos manojos y con ello va a una tienda a recargar su celular (US\$1.55). En todo el tiempo ha revisado sus redes sociales y escucha canciones. Antes de la 1 pm, regresamos a Otumba. Apenas ha podido vender 6 manojos en total. En el tianguis de Otumba tampoco tiene tanta suerte, por lo que después de un par de horas decide recorrer las calles del lugar, ofreciendo casa a casa las rosas. Siendo casi las 5 pm ha conseguido vender casi todos los manojos de rosas. Para ello ha empezado a bajar el precio de US\$1.55 a US\$1.29 e incluso los últimos dos manojos son vendidos a US\$1.03 camino al autobús. Hasta ese momento únicamente hemos comido un par de quesadillas y un refresco (US\$1.55). De regreso vamos a San Martín de las Pirámides a encontraros a la madre de Damián, la cual no ha tenido tanta suerte y le quedan 5 manojos. Damián decide ayudarla y, después de recorrer un par de calles, consigue venderlos todos. Su madre me comenta mientras tanto que tiene suerte de contar con él, es un buen «joven», además de que es un gran comerciante. Son casi las 7 pm y hemos regresado a Santa María Tecuanulco. Aproximadamente han conseguido US\$46.48 por la venta de las rosas, de los cuales tendrán que pagar US\$15.49, ya que las rosas las consiguieron en consignación. De los US\$30.99 restantes, la madre de Damián le da a este US\$5.16, a lo que hay que descontar las comidas y pasajes. Damián está contento al final del día: me dice que una semana más, y ya casi junta para comprarse una sudadera que vio en una tienda de Texcoco hace tres semanas (esta cuesta US\$15.49).

Damián tiene 14 años y es originario de Santa María Tecuanulco, en Texcoco, Estado de México, localidad ubicada entre la sierra de Tlaloc y el ex lago de Texcoco. Se trata de una zona alta caracterizada de bosques de encino y de coníferas. Debido a esto, la actividad agrícola a través del cultivo de alimentos como maíz y haba, siempre ha sido marginal, pues el clima suele ser templado con grandes heladas a lo largo del año. Esto ha generado que las familias se dediquen desde hace muchos años al corte de leña, al ganado ovino, al trabajo en jornales en otras regiones, así como cada vez más al empleo en servicios y comercio informal, pero principalmente al cultivo y venta de flores. Al igual que muchas localidades de Texcoco, Santa María ha tenido un proceso importante de urbanización. Sin embargo, esto se combina con amplias zonas dedicadas al cultivo de flores, que se ubican cercanas a dos manantiales conocidos como Tepitzoc y el Chorrito, los cuales son aprovechados por las familias tanto para las necesidades de las viviendas como para el riego de parcelas e invernaderos. En ese sentido, se ha generado una especialización hacia el comercio de flor; así, ellos mencionan que más del 60% de la población se dedica a esta actividad, tanto de comercio al mayoreo como al menudeo, siendo uno de los principales mercados de distribución, el Mercado de Jamaica de la Ciudad de México. Damián es el mayor de tres hermanos (12 y 8 años), ha estudiado únicamente hasta segundo de Secundaria y desde temprana edad ayuda a su madre con algunos gastos de la casa. Debido a que su padre migró a los Estados Unidos, a los 8 años tuvo que comenzar a trabajar ayudando a algunos vecinos limpiando y recogiendo desechos de los invernaderos; a los 10 años empezó a vender dulces y cigarros; a los 12 años como ayudante de albañil; y a

partir de los 13 años se ha dedicado a la venta de flores 4 ó 5 días a la semana en diversas localidades de la región:

Comencé a ayudar porque era el más grande, pero siempre me gustó ayudar a mamá, antes empecé así a vender cigarrillos también y cosas para la gente [...] no dejaba tanto, así que mejor nos dedicamos a esto, además como todo el pueblo tiene flor es muy barato conseguirla y siempre hay para vender [...] me gusta caminar y se vende luego rápido, sobre todo aquí (Otumba) que para mucha gente y las compra. [...] Podría trabajar menos, pero me gusta tener siempre algo para mí, para gastar y poder comprarme cosas [...] (sic).

Ante la transformación de los espacios agrícolas de México, los mercados de empleo de la mayoría de regiones del país han deteriorado las condiciones objetivas de vida. Esto se ve reflejado por la alta informalidad, flexibilización y tercerización de las economías de los espacios rurales. Ante esto, los jóvenes han interiorizado históricamente las condiciones de marginalidad y de autoexplotación, por lo que asumen de manera natural las condiciones propias de precarización. Es por ello por lo que en relatos como el de Damián, si bien se puede observar un trabajo totalmente pauperizado, para él resulta suficiente, pues de esa forma puede acceder a consumir cosas que imagina o desea. Esto último le permite pertenecer de alguna forma a la sociedad, a pesar de que sea objetivamente de una forma totalmente marginal:

Una parte sí es para la comida, pero una buena parte me la puedo quedar yo [...] Antes como albañil, me cansaba mucho, y si bien luego por el viaje de allá para acá sobre todo cuando el sol está fuerte cansa, pero vas vendiendo y se te va haciendo más simple, porque pues ya no cargas tanto ¿no? [...] pues me lo gasto en comida sobre todo dulces, chocolates o algún antojo [...] también he aborradado para comprarme ropa que me gusta y también así me compré mi celular, así puedo oír música o tener amigos en el Facebook [...] pues estoy haciendo un guardadito, para comprarme una moto para poder moverme más fácil, ayudar a mi mamá y tener más tiempo para hacer otras cosas con amigos y así (sic).

X. A manera de conclusión

Si bien de forma general el acercamiento a las cotidianidades de los sujetos se ha constituido en una herramienta esencial de la práctica antropológica, parecería que la disciplina se ha limitado a construir estudios culturales que hablan de formas de existencia en donde priman realidades al margen de la estructura social y de los proyectos y políticas socioeconómicas. Por tanto, cuestiones relacionadas dentro del consumo se han constituido desde la óptica simple de lo cultural en aquel estudio sobre los objetos y bienes que comunican identidades o significados y que, por su parte, cuando se hablan de aspectos económicos, son situados con cierto cuidado y desprecio, como elementos accesorios de una teoría marxista ligada a la simple producción.

En un período de fuertes cambios estructurales, en donde se ha conformado aparentemente una sociedad a nivel global, la interpretación de realidades y condiciones de vida aparecen, en diversos espacios, enmarcadas por una alta desigualdad y cada vez mayor precariedad social. Ante ello, hay escenarios que no pueden ser omitidos, ni invisibilizados, pues necesariamente están ligados a formas objetivas de existencia de todas las poblaciones, es decir, en la forma en cómo vive la gente. Como ha mencionado NAROTZKY (2015), la antropología debe recuperar y exponer también ciertas lógicas y prácticas cotidianas, ya que estas son relevantes con respecto a los movimientos y lógicas político-económicas a gran escala y que se ha reconocido históricamente de forma clara, en la articulación entre consumo y producción.

No es casualidad que las discusiones en torno del sistema económico neoliberal en la última década también han puesto de manifiesto que una gran parte del «éxito» de dicho proceso, ha sido convertir en hegemónico el discurso por el cual los problemas políticos y los derechos sociales son transformados en problemas individuales con soluciones de mercado. Esto, traducido a la lógica de la cotidianidad, se observa en realidades en la que los vínculos sociales fragmentados de sentido han transformado las poblaciones que asumen las desigualdades de sus sociedades como estrictamente individuales. Es por ello por lo que la capacidad de conseguir

un empleo no depende directamente de las imposiciones macroeconómicas, sino que la responsabilidad pasa por ellos mismos. En este esquema, el neoliberalismo genera una autopercepción de que los sujetos son responsables, de manera individual y, a partir de sus propias decisiones, de sus condiciones de vida (BAUMAN, 2001). Y la alteración de las condiciones objetivas es traspasada de facto como riesgos asumidos por los mismos sujetos, producto del aparente desvanecimiento del Estado social y la entrada obligada al mercado, que en la mayor parte se observa vinculada a una necesidad de consumo. Esto, por tanto, no termina de ninguna manera el desarrollo capitalista, sino que lo expande, pues los bienes de consumo, ingresos y riquezas se reparten en tanto que son recursos escasos que generan una brecha de desigualdades entre los diferentes grupos sociales (BECK, 2006).

Si la antropología pretende mostrar cómo vive la gente, debe entonces considerar al neoliberalismo también como un proceso que se entiende mejor desde el estudio de los sujetos que produce. En ese sentido, el consumo observado en la subsistencia, basado en la homogeneidad y solidaridad, ha dado lugar a prácticas en contextos de mercados de trabajo segmentados y de procesos productivos flexibles e informales (NAROTZKY, 2007). No se debe olvidar, como se ha revisado previamente, que el consumo también es una expresión de la posición en la estructura social. En una sociedad capitalista de mercado, lo que se compra, cómo se compra y dónde se compra tiene una relación directa con la capacidad económica de las personas (SARAVÍ, 2015: 193). De esta manera, los jóvenes en espacios rurales, en su consumo precario, reflejan también las desigualdades sociales, porque expresan las diferentes formas de usar y apropiarse de diferentes bienes materiales y simbólicos, así como muestran las relaciones que experimentan y reproducen para poder participar del mismo proceso.

No se debe pasar por alto que las actuales formas de interactuar con los medios de comunicación y ofertas del mercado, como se observa con el uso del teléfono celular o smartphone, constituyen prácticas de consumo que invitan a reflexionar sobre los actuales grupos sociales, etnias y regiones que ante el proceso han desarrollado significados diferentes para su vida cotidiana. Esto conlleva a generar, como se observa en los relatos, una movilidad diferente, interacción y uso de tiempo libre que antes en los espacios rurales no era visible. Cabe destacar entonces que la apertura ante este proceso de consumo ha sido acompañada de la transformación de las condiciones de trabajo agrario. Así, la lógica de reproducción que antes era observada en las familias rurales, ha sido transformada por las propias dinámicas del mercado de trabajo del capitalismo neoliberal.

Esto, como también puede observarse, ha llevado a la precarización, flexibilización, terciarización e informalidad de las familias. Al igual que las urbanas, las poblaciones rurales se enfrentan a la articulación de novedosas formas de consumo, las cuales ya no están ligadas a las necesidades básicas de subsistencia, sino al producto de actuales procesos sociales de mercantilización y de adscripciones creadas por diferentes industrias culturales a nivel global. Es por ello por lo que se observa cómo los jóvenes de espacios rurales se han integrado a trayectorias tempranas de flexibilidad y acumulación precaria, necesarias para consumos parciales y también precarizados, los cuales se asumen como necesarios para generar las posibilidades de adscripción y pertenencia, así como de reproducción a su nueva realidad social.

XI. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APPADURAI, A. (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Editorial Grijalbo.
- APPADURAI, A. (2015). *El futuro como hecho cultural: ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BAUDRILLARD, J. (1974). *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- BAUMAN, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra.
- BAUMAN, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- BECK, U. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BEVILACQUA, J. O. (2009). «Juventud rural: una invención de capitalismo industrial». *Estudios sociológicos*, 27(80), pp. 619-653.
- BOURDIEU, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- BOURDIEU, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CALVA, J. L. (1998). *Los campesinos y su devenir en las economías de mercado*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- CARTON DE GRAMMONT, H. (2004). «La nueva ruralidad en América Latina». *Revista Mexicana de Sociología*, 66, pp. 279-300.
- CHAYANOV, A. (1974). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- FEIXÁ, C. «Antropología de las edades». En PRAT, J. y MARTÍNEZ, Á. (eds.) (1996) *Ensayos de antropología cultural: homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Barcelona: Editorial Ariel, pp. 319-335.
- FEIXÁ, C. y GONZÁLEZ CANGAS, Y. «Primera parte. La construcción histórica de la juventud: Teorías y representaciones». En FEIXÁ, C. y GONZÁLEZ CANGAS, Y. (eds.) (2013) *La construcción histórica de la juventud en América Latina. Bobemios, Rockanroleros & Revolucionarios* Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, pp. 19-72.
- GARAY, S. (2008). *Trabajo rural femenino en México: Tendencias recientes*. Tesis de Doctorado. Ciudad de México: El Colegio de México.
- GONZÁLEZ CANGAS, Y. (2003). «Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios». *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, XIX(63), pp. 153-175.
- HANNERZ, U. (2003). «Being there... and there... and there! Reflections on Multi-Site Ethnography». *Ethnography*, 4(2), pp. 201-216.
- HERNÁNDEZ FLORES, H. D. (2018). «Jóvenes rurales. Dinámicas de trabajo y consumo en el centro de México». *Revista San Gregorio*, 18, pp. 56-67.
- INEGI. (2018). «Anuario estadístico y geográfico de los Estados Unidos Mexicanos 2017».
Disponible en:
<http://www.beta.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825097912>
Consultado: 12/09/18
- LARA, S. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria / Juan Pablos Editores.
- LLAMBÍ, L. «Globalización y nueva ruralidad en América Latina». En CARTON DE GRAMMONT, H. y TEJERA GAONA, H. (eds.) (1996) *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*. México: Plaza y Valdés, Vol. I, pp. 75-98.

- MALVERDE, M. (2004). «Un vistazo hacia la antropología del consumo». *Cuadernos de Antropología*, 14, pp. 107-114.
- MARCUS, G. (1995). «Ethnography in/of the World System: The emergence of Multi-Sited Ethnography». *Annual Review of Anthropology*, 24, pp. 95-117.
- MARGULIS, M. y URRESTI, M. «La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud». En MARGULIS, M. (ed.) (2008) *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 13-30.
- MENDOZA, H. (2011). «Los estudios sobre la juventud en México». *Espiral*, XVIII(52), pp. 193-224.
- MILLER, D. «Materiality: An introduction». En MILLER, D. (ed.) (2005) *Materiality*. Durham: Duke University Press, pp. 1-50.
- MIRANDA ORTÍZ, R. (2017). *Micro-créditos o macro-deudas. Sistemas financieros alternativos en contextos de crisis económica: el caso de la región de la Ciénega de Chapala, México*. Tesis de Doctorado. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- NAROTZKY, S. (2004). *Antropología Económica. Nuevas Tendencias*. Barcelona: Melusina.
- NAROTZKY, S. (2007). «El lado oculto del consumo». *Cuadernos de Antropología Social*, 27, pp. 21-39.
- NAROTZKY, S. (2015). «Economías ordinarias: valores escondidos. Otra antropología de la crisis desde el sur de Europa». *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(2), pp. 67-76.
- QUINTANA, V. (2011). «Algunas reflexiones sobre el estar y el quehacer de los jóvenes en el campo». *La Jornada del Campo*, 45.
- REGUILLO, R. (2010). *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma Editorial.
- SALAS, H., RIVERMAR, M. L. y VELASCO, P. (2011). *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- SARAVÍ, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas: socialización, clase y culturas en la construcción de la desigualdad*. Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede México / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- TAVARES DOS SANTOS, J. V. (1984). *Colonos do vinbo. Os Colonos do vinbo; estudo sobre a subordinação do trabalho camponês ao capital*. Sao Paulo: Hucitec.
- WOLF, E. (1975). *Los campesinos*. Barcelona: Editorial Labor.